

fondo; de lo contrario, no pasarían de frívolos pasatiempos, indignos del arte y de la filosofía.

La regla de la verdad no sufre excepcion alguna. Es cierto que en los poemas se admiten las llamadas mentiras poéticas, que en las obras jocosas se abre ancho campo á la exageracion, y hasta á las contradicciones; pero en ninguna de estas obras se propone el autor por fin sério la *mentira*. El lector rebaja lo que debe rebajar, y sabe distinguir la hermosura de la verdad que yace en el fondo de lo que solo debe considerarse como el barniz de la superficie.

151. De lo dicho se infiere que antes de escribir ó de ocupar la atencion de un público, deben hacerse todos los esfuerzos posibles para adquirir *variados y sólidos conocimientos*: la obra literaria ó científica desecha las frivolidades de la conversacion.

No en vano exigía Ciceron que el orador reuniera la sutileza del dialéctico, la ciencia del filósofo, la dición casi del poeta, la memoria del jurisconsulto, la voz y los ademanes de los grandes actores. Quintiliano exigía además la geometria, para acostumbrar el entendimiento á la exactitud y al método, y la música, para adquirir el sentimiento de la armonía. (Lib. 1, cap. 10.)

*Scribendi rectè sapere est, et principium et fons:
Rem tibi Socraticæ poterunt ostendere chartæ,
Verbaque provisam rem non invita sequentur.*

La simple variedad de conocimientos sin la profundidad y solidez podria dar un falso brillo á la elocucion, pero no un valor real y positivo á la obra. Cuando Plinio decia *multum legendum, non multa*, aconsejaba conciliar la extension y variedad de los conocimientos con la solidez y la profundidad. A los enemigos de la enseñanza simultánea y enciclopédica les recomendamos la lectura del citado libro de Quintiliano, y principalmente la del capítulo último.

152. Además de los conocimientos generales, necesita el escritor un *conocimiento especial* y profundísimo del objeto de que se propone tratar, y de todo lo que con él tenga relacion, no solo para que la obra no carezca de valor intrínseco, sino tambien porque el conocimiento profundo del asunto influye notablemente en las buenas cualidades de la elocucion. El orador romano consideraba dicho conocimiento como la base del arte de bien decir. (DE OR., 1, 48.)

*Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam
Viribus, et versate diu, quid ferre recusent,
Quid valeant humeri. Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.*

153. Por último, la *moralidad* de los pensamientos y afectos sería mas importante que la verdad misma, si las verdades sustanciales y eternas pudiesen dejar de ser esencialmente morales. Caton definía

al orador *vir bonus dicendi peritus*; lo mismo debe decirse del poeta y de todo el que trata de comunicar sus pensamientos al público (§ 1).

A veces la corrupcion se oculta con la máscara de la virtud. Los que abusando de las dotes con que les privilegió la naturaleza, emplean el pensamiento y la palabra en la propagacion del mal, en extraviar la razon y en pervertir los corazones, merecen el odio de todos los hombres honrados.

II.—CUALIDADES ESENCIALES DEL LENGUAJE.

154. Las cualidades esenciales y peculiares del lenguaje son tres: *pureza, propiedad y armonía*.

1.—PUREZA.

155. La *pureza* del lenguaje consiste en su conformidad con el uso de los buenos autores y de las personas que conocen perfectamente el idioma.

Por consiguiente, será pura una *voz* cuando pertenezca á la lengua en que hablamos; será pura una *oracion* ó *frase* cuando, al combinar las palabras, se observen todas las reglas de concordancia, régimen y construccion; serán puras la *cláusula* y la *dición* en general cuando, además de poseer esta cualidad las voces y las oraciones, se guarde en la construccion y enlace de las cláusulas aquel carácter peculiar y distintivo de idioma, á que damos el nombre de *giro castizo*.

Consistiendo la correccion en la fiel observancia de las reglas gramaticales, es evidente que se halla comprendida en la pureza. Horacio llama al uso, árbitro y legislador de lenguaje: *Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi*. Pero no debe esto entenderse del uso del vulgo. *Consuetudinem sermonis vocabo consensum bonorum*. (Q., 1, 4.)

156. Los vicios contra la pureza son el *arcaismo*, ó uso de voces ó locuciones anticuadas, el *barbarismo*, ó uso de voces ó locuciones extranjeras, y el *neologismo*, ó uso de voces ó locuciones nuevas.

Los defectos de sintáxis se llaman en general *solecismos*.

Los barbarismos pueden tomar el nombre especial de la nacion de donde proceden: así decimos, *galicismo, helenismo, latinismo*, etc.

No siempre es fácil averiguar si una palabra ha caído en desuso, si debe reputarse vigente ó anticuada; pero en algunos casos no puede ofrecer esto ningun género de duda, como cuando ha sido alterada alguna regla general de ortografía. Nadie dudará, por ejemplo, de que sean voces anticuadas *amare, decilles, fechos, cibdad, ome, contecer*, etc.

Algunas palabras pierden toda significacion, como: *tendal, avillar, apres*; otras,

permaneciendo en el idioma, pierden su acepcion antigua; v. g. : *defender* (prohibir), *atender* (esperar), *cama* (pierna), *seña* (estandarte), *buenas aves* (buenos agüeros). En cuanto á las frases y construccion anticuadas, no es difícil conocerlas, porque suponen la derogacion de una ley gramatical ó una modificacion en el carácter general del idioma. En el siguiente ejemplo, tomado de un escritor del siglo XIII, se podrán notar los arcaismos en la frase : «Madre, oit la mi carta, é pensat de lo que hi ha, é esforciatvos con el bon conhorto é la bona sofrença, é non semeides á las mugieres en flaqueza nin en miedo que han por las cosas que lles vienen, así como non semeia vostro fijo á los omes en sus mannas é en muchas de sus facien- das.»

Para evitar las voces y locuciones afrancesadas, puede consultarse con provecho el *Diccionario de galicismos* del Sr. Baralt.

157. Por regla general, deben proscribirse los arcaismos, barbarismos, neologismos y solecismos; pero la poesía y el estilo jocoso admiten algunos, especialmente arcaismos, con tal de que no produzcan oscuridad ni sean efecto de la impericia del escritor. Las faltas de sintaxis son las menos tolerables, porque alteran radicalmente el idioma.

A veces es indispensable el uso de una voz nueva, sobre todo siempre que no convenga enervar el estilo por medio de la perifrasis; pero luego que una lengua alcanzó ya cierto grado de perfeccion, no es posible que se vea precisada á men- digar frases y giros peregrinos.

158. Sin embargo de lo dicho, no debe condenarse indiscretamente el uso de voces nuevas cuando una imperiosa necesidad lo exige. Las nuevas ideas que el hombre adquiere, efecto de los descubrimientos y de los progresos científicos, reclaman con justicia un nuevo signo que las exprese. Pero la voz que se trate de poner en circula- cion tendrá que conformarse con las reglas de etimología y ana- logía, peculiares del idioma en que se desee introducir.

Conviene además no echar en olvido que el innecesario aumento de voces no produciria la riqueza, sino mas bien la confusion.

Horacio exige estas mismas condiciones para que la introduccion de voces nuevas sea legitima :

*Si forte necesse est
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget, dabiturque licentia sumpta pudenter.
Et nova fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Græco fonte cadant, parce detorta.....
..... Licuit, semperque licebit,
Signatum præsentis nota producere nomen.*

Leibnitz dice que las voces nuevas han de ser necesarias, inteligibles, sonoras y conformes con la indole del idioma. Con la palabra *inteligibles* quiere dar á enten- der que deben estar derivadas de las lenguas sábias. El griego, el latin y el árabe

son las principales fuentes del idioma castellano, de la misma manera que lo fué el griego del latin.

159. Se forman las voces nuevas : 1.º, por *derivacion*, cuando to- man su origen de una palabra del mismo idioma; 2.º, por *composi- cion*, cuando se reunen dos palabras simples, ó á una palabra cual- quiera se le antepone alguno de los prefijos propios de la lengua (*a, des, pre, pro, etc.*, en castellano); 3.º, por *extension*, cuando á una palabra del idioma se le da una acepcion nueva; 4.º, por *traslacion*, cuando se emplea una palabra en un nuevo sentido figurado; 5.º, por *traduccion*, cuando la palabra se toma de otro idioma; y 6.º, por *me- ra invencion*, lo que no es fácil que acontezca, pues nunca el inventor de una palabra atiende solamente á su capricho.

Algunos han pretendido reformar radicalmente la ortografia con el objeto de sim- plificarla; pero no está en la mano de las academias ni en la de los escritores el in- troducir semejantes innovaciones, ni tampoco las necesita la lengua castellana, que es, en este punto, de las menos irregulares.

Las variaciones ortográficas ofrecen además graves inconvenientes : ellas han he- cho mas difícil el conocimiento del valor etimológico de las voces, y mas complicado el estudio comparado de las lenguas y de la historia del lenguaje.

160. Una de las cosas que mas influyen en la pureza de la frase es el perfecto conocimiento de los *modismos*, ó maneras de hablar pro- pias y privativas de la lengua. Los modismos reciben el nombre de *idiotismos* cuando, tomados al pié de la letra, ofrecen un sentido dis- paratado, ó una infraccion contra las reglas ordinarias de la gramática.

Uno de los muchos idiotismos castellanos inspiró á Iglesias el gracioso epigrama siguiente :

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó :
«¿Te acuerdas tú?» y respondió :
«Esperen que haga memoria.»
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento :
«Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.»

En Castilla se sale á *dar* un paseo : en Francia y en Cataluña no se *da* el paseo ; se *hace*. En los refranes y proverbios antiguos, así como en la poesía popular, es donde se hallarán los rasgos mas característicos de la frase castellana.

161. La *construccion figurada* ó coordinacion oratoria, aunque perfeccionada por el arte, no debe considerarse como opuesta á otra construccion mas natural. La construccion figurada, mas ó menos li- bre en sus formas, es propia de todos los idiomas, porque se funda en el órden con que sugiere las ideas la fantasia, exaltada á veces

por la sensibilidad; así como la construcción lógica, mas artificial que la primera, las ordena según sus grados de importancia y mútua dependencia, insiguiendo rigurosamente las leyes prescritas por la fría razón.

La denominación de *natural*, que dan los gramáticos á la construcción lógica ó directa, puede dar lugar á muy falsas ideas, y conviene abandonarla, cuando menos por inexacta. En la infancia de los idiomas la construcción es sumamente figurada. Que la construcción figurada es un efecto natural de la imaginación, lo prueban la comparación de unos idiomas con otros, y las mismas deferencias entre los varios pasajes de un discurso ó entre los diversos géneros literarios.

162. Mas si en todas las lenguas aparece la construcción figurada, en todas ellas está sujeta, no obstante, á un cierto límite, que no puede traspasarse sin faltar á la pureza del lenguaje. Y no menos se infringen las leyes de la pureza esclavizando la frase á un paso demasiado derecho y llano, como esmerándose en adornarla ó enmarañarla con las violentas trasposiciones, de que se burló con tanta donosidad Lope de Vega con lo de *En una de fregar cayó caldera*.

Hablando Capmany de nuestros conceptistas del siglo xvii, se expresaba en estos términos: «Sin embargo, entre estos esmerados trastrueques, cuando no dañan á la claridad, por no seguir la *marcha* francesa de los que hoy escriben en tono de imitadores de la naturaleza, yo sufriría con menos repugnancia aquellos extravíos, que no salían de nuestra jurisdicción, que estas arrastradas y mesuradas formas, que tienen atada la libertad y osadía de nuestro lenguaje antiguo.»

163. A pesar del mucho estudio que requieren la pureza de las voces y la de la frase, mas fácilmente se peca todavía contra la pureza de la construcción; porque en este punto la diferencia entre los idiomas es mas delicada y menos sujeta á reglas. No es posible determinar de una manera exacta el grado de fuerza elíptica, ni la mayor ó menor libertad de hipébaton que permite una lengua, ni tampoco es fácil explicar en qué consiste el giro castizo de la cláusula, aquella especie de *aire de familia* que tanto nos enamora en nuestros buenos escritores del siglo xvi, y que solo podría conseguirse por medio de una constante y casi exclusiva lectura de sus excelentes obras.

En nuestros tiempos sería imposible conservar en toda su pureza el corte y configuración de la frase castellana, tan viva y graciosa como llena de pompa y energía. Desde el siglo pasado las ciencias, como las modas, se nos han venido importando de la nación vecina. Acostumbrado el pensamiento á unas formas diferentes de las nuestras, conserva naturalmente las actitudes adquiridas con la costumbre, resistiéndose á tomar una postura que no es suya. Si pensamos en francés, francesa ha de ser la frase, y gracias que no lo sean las palabras. En nuestro humilde concepto, los mas concienzudos estudios filológicos serian poco menos que inútiles para re-

mediar este mal, que no podrá atajarse hasta que la ciencia, y sobre todo la literatura, nazcan en nuestro propio suelo, y vivan y crezcan respirando el ambiente de nuestras desiertas y gloriosas montañas.

164. Es de suma importancia la conservación de la pureza del lenguaje, sobre todo cuando el idioma adquirió ya un alto grado de perfección, y cuando existe por lo tanto una literatura verdaderamente nacional. No es posible en este punto la indulgencia que algunos pretenden; porque no deben favorecerse, sino antes bien contrarestar-se, las muchas causas que tienden constantemente á la alteración de los idiomas, tan hermosamente comparada por Horacio con la caída y renovación de las hojas.

Sin contar con el mal uso del vulgo y de los mismos escritores, causa perenne de corrupción, las emigraciones de los pueblos, las conquistas, la preponderancia política ó literaria, las relaciones mercantiles, todos los hechos dignos de memoria, dejan impresa su huella en la historia del lenguaje, que es, como acertadamente se ha dicho, la historia misma de la especie humana.

A medida que las distancias naturales de los pueblos van acortándose, se acercan también las ideas, las costumbres, los idiomas; pero no es fácil que los proyectos de lengua universal dejen de ser jamás un hermoso delirio de la fantasía. Creemos que deben hacerse todos los esfuerzos posibles para guardar intacta la nacionalidad de la lengua, y que merecen el respeto de todos los amantes del saber las academias é instituciones consagradas á la conservación de tan precioso tesoro. Los idiomas cuya literatura ha perecido, y que viven entregados al uso vulgar, se corrompen y desaparecen.

165. Los vicios contra la pureza no son tan dignos de censura en los discursos pronunciados como en los escritos; pues en los primeros, ni se perciben tan fácilmente, ni tampoco trasciende tanto su mala influencia. Además, la escritura permite el detenido esmero en la elección y colocación de las palabras, así como las correcciones posteriores; todo lo cual es imposible en la improvisación. Tanto menos digno de venia es un autor, cuanto mas fácilmente pudo haber evitado sus yerros.

Nescit vox missa reverti. Uno de nuestros mejores escritores contemporáneos tradujo con su acostumbrado donaire el pensamiento del poeta latino, al hacernos notar que no *tenia fe de erratas la conversacion*.

166. Como todos los extremos son viciosos, debe evitarse de otra parte el *purismo*, ó el vicio de los que afectan nimiamente la pureza del lenguaje, enervando el estilo á fuerza de querer depurar la dicción, y privándole al propio tiempo de gracia, calor y movimiento.

El purismo es la pedantería de que adolecen generalmente los que solo estudia-

ron la lengua en los diccionarios y gramáticas, y no en los buenos autores y en el trato con personas doctas. El aticismo griego y la urbanidad romana reprobaban esta ridícula afectación de pureza. Una verdulera de Atenas conoció que Theofrasto era extranjero, y habiéndole preguntado en qué lo había conocido, contestó: *En que habla demasiado bien.* (QUINT., 8, 1.) El purismo es con respecto al lenguaje lo que el fanatismo y las supersticiones con respecto á religion.

A las palabras toca obedecer y seguir, decia el gran Montaigne: *Et que le gascon y arrive si le français n'y peut aller.*

2.—PROPIEDAD.

167. Esta cualidad importantísima se refiere únicamente á las voces ó expresiones. Es *propia* una voz cuando expresa la idea que nos proponemos enunciar; cuando expresa otra idea distinta, se llama *impropia*, y cuando enuncia la misma idea que queremos, pero no de un modo completo, ó bien añadiéndole circunstancias que no le pertenecen, decimos que es *inexacta*, que no es *precisa*. De nada serviría que supiésemos de memoria todas las voces de un idioma, ni que fuesen muy castizas todas las de nuestros discursos, si no las empleásemos en su verdadera acepción, si no fuesen las mas adecuadas, las que mas ajustadamente correspondiesen á las ideas que nos proponemos comunicar.

Ea (verba) sunt maxime probabilia, quæ sensum animi nostri optime promunt atque in animis auditorum, quæ volumus efficiunt. (QUINT., 8, proem.) «Entre las diversas expresiones que enuncian una misma idea, una sola es buena, y no siempre la encontramos cuando hablamos ó escribimos. No obstante, es indudable que existe, que todas las demás son débiles, y que ninguna de ellas satisface al hombre de talento que desea darse á comprender.» (LA BRUYÈRE.) A veces permanece oculta á pesar de todos nuestros esfuerzos; ya parece que la divisamos como entre nieblas, ya se ofusca del todo, ya de súbito vuelve á presentarse. Cuando acertamos con esta *expresion única*, experimentamos un placer, nos acusamos de torpeza, nos parece imposible haber estado vacilando: pues como dice el autor citado, es la mas sencilla, la mas natural, la que debia ocurrirnos antes que todas, y sin ningun género de esfuerzo. Aunque la propiedad de las expresiones es distinta de su pureza, sin embargo, puede considerarse la impropiedad como una especie de barbarismo, porque las voces solo forman parte del vocabulario de una lengua en cuanto se emplean en su verdadera acepción.

168. La propiedad de las voces es el carácter distintivo de los insignes escritores. Para conseguirla conviene hacer un estudio sério y profundo de la *etimología* de la lengua; de modo que, aun cuando del conocimiento del griego y del latin no reportásemos otra ventaja que el mas exacto conocimiento del valor etimológico de las voces castellanas, esto solo bastaria para que el estudio de dichas lenguas debiese considerarse como el principal fundamento de una buena edu-

cación clásica. Además de los conocimientos etimológicos, conviene esforzarse mucho en fijar el *valor usual* de las palabras, y principalmente de los *sinónimos*, que se distinguen entre sí por delicadísimas diferencias de muy difícil apreciación.

En España carecemos de un buen diccionario etimológico y de un buen diccionario de sinónimos. Los laudables ensayos que se han hecho bajo uno y otro concepto no cumplen satisfactoriamente las condiciones de obras de esta naturaleza; y es de esperar que en los trabajos que actualmnte se están preparando se destierre el farrago de algunos tratados, por otra parte muy recomendables, y se reconozca el mucho aprecio que en semejantes materias debe hacerse de una prudente concisión, y sobre todo de un método verdaderamente científico.

NOTA.—Después de escrito este párrafo, han visto la luz pública los apreciables trabajos de los señores Mora y Monlau.

3.—ARMONÍA.

169. El sonido, elemento material de la música, además de la sensación agradable ó desagradable que produce en el oído, tiene la propiedad de agitar profundamente las cuerdas mas íntimas de nuestro corazón. Pero la voz humana, eco expresivo del alma, es, entre todos los sonidos de la naturaleza, el mas simpático, el mas lleno de vida, el que mas hondamente nos penetra y conmueve. Por esta razón, todas las lenguas aspiran á pulimentar con mas ó menos cuidado la rusticidad y aspereza de las palabras, y por esto mismo los buenos escritores se esfuerzan y esmeran en adquirir la armonía del lenguaje, faltando muchas veces, aunque indebidamente, á las mas importantes cualidades del estilo.

No todas las lenguas son igualmente eufónicas. La griega y la latina lo fueron mas que las que actualmente hablamos, ya por la fijeza de la cantidad, ya por la longitud, sonoridad y variadas terminaciones de las palabras, ya por la mayor libertad de hipóbaton que dejaba al orador mas ancho campo para su colocación armoniosa. Las lenguas del Norte son mas ásperas y de pronunciación mas oscura que las del Mediodía. Para que no se crea efecto de un ciego espíritu de nacionalidad el favorable juicio que de la castellana hicieron Capmany, Martínez de la Rosa y otros escritores españoles, trascribimos á continuación las imparciales palabras del sensato D'Alembert: «Una lengua abundante en vocales, y sobre todo, en vocales dulces, como la italiana, seria la mas suave de todas; pero no la mas armoniosa; porque la armonía, para ser agradable, no debe ser suave, sino variada. Una lengua que tuviese, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, seria quizás la mas armoniosa de todas las modernas.»

Dionisio de Halicarnaso y Ciceron, así como la mayor parte de los antiguos retóricos, dieron excesiva importancia al tratado de la armonía del lenguaje, no solamente por ser las lenguas en que hablaban mas susceptibles de ella que la nuestra, sino tambien porque la educación musical de aquellos pueblos era mirada con extraordinaria predilección, y la declamación teatral y oratoria, algo semejantes á